

Historias sin valor

Gracias a la muerte



por
Amparo Poch
Madrid

A ustedes, naturalmente, no les habrá llegado la noticia, porque la familia de la víctima ha revuelto el cielo y la tierra para que la prensa no hablara del

asunto. Pero a mí, sí. Porque siempre hay gentes indiscretas que parecen reporteros a sueldo elevado; y una de estas buenas almas vino a referirme el desenlace... yo lo hubiera sabido, de todos modos; y no me ha sorprendido mucho, pues las últimas noticias confidenciales que yo tuve de la protagonista, casi lo dejaban entrever.

En fin, Carolina Fernández, antigua enfermera en el Sanatorio del Dr. Villamil, había ido a las clínicas de su antiguo jefe para visitar a una compañera; y en una ausencia del personal vigilante que la trataba muy familiarmente, se había inyectado una dosis elevada de morfina. Afortunadamente.. o desgraciadamente, ustedes verán luego, no ha muerto. Dicen que la inyección de morfina es el suicidio de los médicos; y que el cianuro potásico goza de la predilección de los profesionales de la química.

Bueno; a mí me fueron referidas estas cosas que voy a contarles, en el café María Cristina, de Madrid, y una tarde de verano, a las tres y media, próximamente. Carolina, a quien conocí en una pensión, quiso comer conmigo aquel día a solas. Sin duda la confidencia necesitaba bríos, por su parte para referirla, por la mía para atenderla; y había que comer, primero. Después había que tomar café y en el María Cristina se estaba muy bien...

Las confesiones empezaron con un par de lágrimas. Una de ellas, más ligera que su compañera, cayó en el café con leche; y la otra se escondió en el pañuelo de mi pobre amiga.

—No sabes... no sabes... me dijo hipando todo lo disimuladamente que podía. Este mes que hemos convivido en la pensión es el único que he pasado bien, desde hace mucho tiempo. Te oía reír, cantar cosas raras, muy mal, es verdad, pero con tanta alegría... Me contagiaba tu optimismo, me fascinaba tu sana movilidad... Algunos momentos he olvidado mi desgracia... Ahora te marchas, y otra vez...

Cayeron otras dos lágrimas al pañuelo y yo bebí medio vaso de café antes de preguntar qué le pasaba. Ella me lo refirió entre comentarios y exclamaciones; unos religiosos, otros morales, otros profundamente humanos y enternecidos. Ustedes

me perdonarán que yo lo vierta en mi estilo. Les aseguro que no quito ni pongo una escena.

Carolina estaba como enfermera en el Sanatorio del Dr. Villamil. Era una mujer emancipada económicamente, ya de treinta y ocho años. Además de una buena enfermera, con un buen sueldo, era una buena modista y ganaba dinero con los dos oficios. Nunca había tenido amoríos de ninguna clase, y, sin embargo, suspiraba... Y se conoce que al ruido y al soplo del suspiro, un buen día, o malo, como quieran ustedes, también ese bendito niño de la venda y la flecha, se fijó en ella y se dijo para sí: —¡Ahora verás tú! Y disparó. El caso es que Carolina se enamoró ciegamente de un hombre que tenía dos o tres años más que ella, era agente comercial con muy buenos ingresos y además ¡horror y cielo santo! estaba casado y tenía dos hijas: una de doce años y otra de dieciocho.

Ahórrenme ustedes el explicar las circunstancias en que mi pobre amiga cometió la torpeza de enamorarse. Y si les parece, ahórrenme también explicar que el pobre hombre se enamoró a su vez de Carolina. Parece que todo va a salir muy bien, ¿eh? Sí, sí... Ya verán, ya verán.

Pues bien; empezaron las pequeñas entrevistas; los paseos; las citas en el café... No se habían revelado su amor; eran o aparentaban ser, dos buenos camaradas... ¡nada más! Y claro, al fin, se supo todo, se lo dijeron todo. Tampoco quiero decirles cómo, porque resultaría muy largo. Entonces comenzó la parte seria de las reflexiones y los remordimientos, esas cosas tan interesantes que siempre llegan tarde y no sirven para nada. El empezaba a mirar el reloj, porque a «tal» hora tenía que estar en casa... y ella empezaba a inquietarse como si estuviera haciendo algo malo... ¡Ah! ¿Creen ustedes que lo hacía? ¿Sí?... Pero de veras? Y ocurrió lo espantoso, lo terrible, lo formidable. A pesar de todos los disimulos y de todas las martingalas la «mujer propia» se enteró y ya pueden ustedes imaginar... Carolina era una indecente, una mala mujer que venía a destrozar un hogar, una cualquier cosa, en fin, y dicho todo de tal manera que parecía verdad. El hombre ni se defendió ni defendió a Carolina. Aguantó paciente y cobarde las injurias, los desplantes, los llantos. ¡todo! Pero desde aquel día se le hizo la vida imposible. Le expiaban cuando hablaba por teléfono... —¡Ya estará hablando con esa! Le injuriaban cuando salía de casa... —¡Ya te irás a ver a esa! Y le escupían el demostrativo como si le tirasen una piedra. El se quejaba a Carolina; hablaba de separación muy decidido; pero ella le calmaba, aunque otra cosa le fuera por dentro: —¡Ten paciencia! Es tu mujer... y él se agarraba, rápido, a la excusa universal y polivalente: —¡Si no fuera por mis hijos!

Un día... Confieso que fui tan cruel que me reí muy a gusto cuando Carolina me contó el epi-

sodio. Un día la mujer le siguió y los sorprendió en una cervecería. ¡La que se armó, señores! Las cosas que dijo que iba a hacer la «mujer propia»! Lo que menos, hacer un sabroso picadillo de la enfermera. El buen hombre tuvo que coger a su basilisco, meterlo en un taxi a empujones. La pobre Carolina se quedó mustia, avergonzada, con unos colores muy subidos y las miradas de todos fijadas en ella. ¡La mala mujer! Cuando salió la siguieron ojos y murmulos.

Bien, bien. ¿Creen ustedes que paró aquí la cosa? No. La esposa ofendida se fué al Sanatorio a ver si el Director tenía la poquísima vergüenza de tener allí mujeres que se dedicaban a robar maridos honrados, como si el asunto fuera una tontería. Y pusieron a Carolina en la calle.

Esto fué lo que ella me contó entre dos vasos de café con leche y lágrimas, en el café de María Cristina.

Yo la dejé hablar y ella preguntó al fin de su relato: —¿Qué te parece?

—¿El qué?

—¡Qué sé yo!... Esto... todo...

Y me dió la última referencia: ella ganaba bastante. Ni juntos ni separados, tenían que ser, la mujer y las hijas, víctimas de ningún abandono. ¡Pobre mujer!

Al cabo de catorce meses y hace dos de esto, me visitó en casa. Una bronconeumonía gripal con broncoplegia se había llevado a la esposa del amante de Carolina. El hombre se vistió de luto riguroso y le dijo: ¿Quieres vivir conmigo?

La pobre se le quedó mirando con extrañeza. ¿No era por los hijos? Pues los hijos subsistían, orondos y tranquilos... Pero le pareció tan sumamente feliz eso de vivir juntos, que le dijo que sí, y se casaron.

Y he aquí, que a la pobre Carolina se le mete en la cabeza una idea que le expresó a él de esta manera: —¡Tengo que agradecer a la muerte lo que tu amor no quiso darme!

Y en verdad... la muerte le había dado la continuidad entera de la existencia junto al amado; le había dado la mirada dulce; el apelativo cariñoso, la caricia tierna. Iba a darle un hijo también. Pero todo esto tan claro, tan límpido, tan humano y tan sencillo, venía envuelto en crespones de luto. Bueno, que no soy responsable de la cursilería. Ella me lo dijo así.

Todo ello venía como humedecido, manchado, lleno de mentira, de cobardía, y de cirios encendidos. Cuando me contaba todo esto Carolina, me estremecí por ella... La cosa tenía muy mala compostura...

No me ha extrañado el desenlace. Lo que siento es que Carolina haya equivocado la dosis de morfina y tenga que volver a ver la risa sarcástica de la muerte cada día, entre las palabras, las caricias, las ilusiones.

Y, creí que estaba más enterada de la posología...

ENVIO: Amiga: He conservado la inicial de tu nombre solamente. ¡Algo ha de poner la fantasía! Si por casualidad lees estas cosas, perdona la indiscreción. Y abrázame como aquel día, cuando tras las confesiones, tú te creíste mala y avergonzada. ¿Recuerdas? Me preguntaste... —Tú que piensas «así»... ¿Qué crees que debo hacer? Y yo te regalé una respuesta simple y sintética: Quererte mucho.

Laboratorios del Electrolactil

VICENTE XERRI

Director Técnico: F. GARCÍA RONDA

ELECTROLACTIL

Simbiosis de Fermentos
Lácticos y Búlgaros, seleccionados con predominio del búlgaro

Vititudad: tres años

(Líquido y comprimido)

COLI-TIFIL

Yodometilado de Urotropina con Cloruro Cálcico y Magnésico

(Elixir y Ampollas)

VITASOYA

Medicación intensiva de engorde. Poderoso alimento reconstituyente a base de Soja, Miel y Fenugreco

(Elixir)

LACTIGASTRAL

Asociación racional de Sales Bismúticas, con Agar, Gelatina, Mucosa Gástrica, Fermentos Lácticos

(Granulado)

DENTILACTICINA

Desinfectante del aparato digestivo e intestinal en el periodo de la dentición del niño con Electrolactil en poivo

Ciscar, 26 - VALENCIA - Tel. 12226